

6

BIBLIOTECA
Las Grandes Películas

La Novela Semanal Cinematográfica



Janice
Meredith

por
MARION DAVIES

50 cts.

16

El oficial, sin reparar en nada, abrazó a la doncella, y acercábanse sus labios a los de ella, cuando una voz gritó bajo el dintel de la puerta del saloncito:

—¡Coronel Clowes!



El oficial, sin reparar en nada, abrazó a la doncella...

Janico iba a gritar. El Lord, para no comprometerse, la redujo al silencio amordazándola con una mano.

—Cállese usted... y espéreme... No salga... Si

no vuelvo, márchese sin decir nada a nadie...

Janice contuvo su respiración, y escuchó detrás de la puerta lo que decían el Lord y el



Janice iba a gritar. El Lord la redujo al silencio amordazándola con una mano.

portador de una orden superior:

—Las tropas saldrán para Lexington a las nueve.

—Está bien. Voy a mi puesto en seguida.

—Tiene usted apenas el tiempo preciso para unirse a su regimiento. No puede usted entretenerse...

Reclamado por el deber, el Lord no volvió al lado de Janice, y ésta, en cuanto se sintió libre, salió a la calle, y apenas encontró al señor Larkin con Tabitha, se apresuraron los tres, después de enterarles ella de lo que oyera, a ir en busca del doctor Warren para comunicarle la noticia que pondría al pueblo sobre las armas, es decir, que las tropas reales saldrían para Lexington a las nueve.

Revere fué avisado, y el fiel cruzado de la libertad se lanzó a caballo a dar el grito de guerra a los lugareños. Larkin se encargó de tener preparado el caballo a orillas del Charles, y tan pronto el sacristán de la iglesia del Norte puso una linterna roja en el campanario, como aviso de que las tropas emprendían la marcha, Revere fué a cumplir su arriesgada misión.

En la silenciosa calle resonaban los cascos de un caballo y a la indecisa claridad de la luna, pasaba, veloz y confusa, una sombra. Un héroe exponía su vida por el ideal.

Los campesinos se asomaban a sus cabañas, y Revere lanzaba el aviso bélico:

—¡Las tropas vienen hacia aquí!

Y los jóvenes y los viejos se despedían de sus familiares, iluminados por la visión de gloria.

Y así durante toda la noche, sin someterse el bravo Revere a la fatiga de la carrera y sorteando toda suerte de peligros, como inmunizado de ellos por un poder sobrenatural.

Mientras que el enemigo avanzaba.

Parker, el capitán de los patriotas de Léxington, reunió, al redoblar de un tambor, a sus hombres, para prepararse a la defensa, y al amanecer, setenta y ocho hombres resueltos pero ignorantes en el arte de la guerra, se hallaban dispuestos a enfrentarse a mil veteranos en ese lugar de Léxington donde la libertad norteamericana recibió su bautismo de sangre.

El sargento mayor Piteairn, comandante de las fuerzas británicas, hizo detener a éstas a pocos pasos de los paisanos armados, y dió una orden.

—Hagan frente, pero sin disparar un tiro, hasta que ellos inicien el fuego. Si quieren guerra que empiece aquí.

Parker, ebrio de justicia, correspondió a aquel gesto de amenaza con el ataque.

—¡Fuego, y a ellos!

Setenta y ocho hombres se lanzaron a la lucha contra el titán, fiando en el mismo resultado que David sobre Goliath, y uno a uno mordieron el polvo ante el acoso del numeroso enemigo.

Todos los pueblos tienen grabadas en letras de sangre las páginas más gloriosas de su historia. Norteamérica había escrito una de las suyas.

Y esas gestas gloriosas no mueren nunca. El espíritu de los héroes flota en el ambiente para estimular a los que tienen fe; para arrastrar a la defensa de una causa santa a los que sólo esperan un ejemplo para ir a la lucha.

Eso fué lo que aconteció en Norteamérica. La noticia de lo sucedido en Léxington fué toque de clarín que llamó a todo un pueblo a la lucha. Y llegó el día en que Trenton dió la bienvenida al soldado cuya espada era la esperanza de los que se batían por la libertad.

Ese magnífico artífice del preciado ideal, el general Jorge Washington, marchaba hacia el norte donde quedaría hecho Comandante en Jefe del primer ejército norteamericano.

A las primeras noticias de guerra, se hizo regresar a Junice a Boston a toda prisa.

La doncella se detuvo unos instantes en

Trenton y, maravillada de la belleza de un caballo que se hallaba cerca de su coche, se acercó a pasarle la mano por el lomo, hum-



El espíritu de los héroes flota en el ambiente para estimular a los que tienen fe...

diendo sus dedos en sus sedosas crines.

—Es Blueskin, señorita; el mejor caballo de los que tiene el general Washington en las

caballerizas de Mount Vernon—le dijo Carlos, el vagabundo que los Meredith tomaron a su servicio en Trenton precisamente, y que con el padre de ella había ido a su encuentro, causandoles a ambos mucha alegría volverse a ver.

El general Washington aproximóse a Janice, y, galantemente, le manifestó:

—Me hace usted tenerle envidia a mi caballo, señorita.

—¡Oh! ¿Usted es... el General? ¡Qué simpático! Mi padre no me perdonaría si supiese el interés que su causa me inspira, y de la que estoy muy enterada...

—Las causas nobles siempre son bien acogidas por los corazones nobles.

Carlos, siguiendo el impulso de su corazón, presentóse ante el caballero Meredith, y le dirigió un ruego:

—Señor, ¿me dejará usted en libertad si pugo lo que vale mi contrato?

—Para lanzarte a pelear contra el Rey Nuestro Señor, ¿no es eso, bribón?... ¡Ven aquí!

Pero Carlos, animado por el deseo de lo justo, separóse de los Meredith y fué a ponerse al habla con Washington.

—Señor—le dijo a solas—, soy Juan Lord Brereton, fui Coronel de los reales ejércitos y

quiero servir como simple soldado en las filas de los que pelean por la libertad.

—Mis brazos están siempre abiertos para aquellos que sienten como yo. Venga esa mano, amigo mío.

Al llegar el invierno, todo Greenwood se puso en movimiento para festejar a sir Guillermo Howe, comandante de las fuerzas británicas, que se había detenido en el hogar de los Meredith con su Estado Mayor—del que formaba parte lord Clowes—, de paso para Filadelfia.

A la hora de los brindis, sir Howe levantó su copa, y dirigiéndose a Janice, pronunció:

—Diré con Milton: por ti, de la creación la más hermosa.

Agradecida, Janice se dispuso a decir algo:

—Brindo por...

¡Por quién brindaría? ¡Ah! Por un hombre simpático. Ya recordaba.

—...por Washington.

La ocurrencia indignó al padre de la autora, pero provocó la hilaridad en los ingleses, y sir Howe, en tono de burla, contestó:

—Siempre dije que era una insurrección de mujeres.

Encendida en rubores por su torpeza, Ja-

nice salió apresuradamente al jardín y le sorprendió ver luz en la caballeriza.

Sigilosamente se dirigió a la misma, entró con muchas precauciones, se apoderó de un arma, y registró el interior... a distancia.



—Brindo por... por Washington.

De súbito se presentó ante ella un rostro conocido: "Carlos", vestido de soldado norteamericano, con la graduación de Coronel.

—¡Oh! ¿Usted?... ¿Cómo se atreve a apoderarse de mi caballo?

—¡Mi buena señorita Janice! Se lo devolviré sin falta. Me mataron el mío, y sin él no podría desempeñar una misión importante que



—¡Oh! ¿Usted?... ¿Cómo se atreve a apoderarse de mi caballo?

se me ha confiado.

—¿Y ese uniforme? ¿Es usted un espía o un criado?

—Ni lo uno ni lo otro. Soy el coronel Juan Brereton, afecto al Estado Mayor de Washington, quien me ha encargado un peligroso cometido a través de las líneas enemigas.

—¡Ah! Qué interesante...

—De la servidumbre me rescaté yo mismo. Veremos si una bala me rescata del amor que siento por usted, y que juzgo imposible.

Janice, desarmada, sintió en su alma el grito de la realidad, y sus ojos se expresaron de un modo elocuente. Sí; ella había amado a "Carlos" desde el primer día que le viera, en Trenton... Y si Filemón le había sido siempre antipático, desde que conociera a "Carlos" le aborrecía, pues no había comparación posible entre los dos hombres.

—Janice, siempre la he amado; la amaré siempre.

—¡Oh, Juan! ¿Es cierto que usted me quiere tanto?

Brereton no vaciló más, y apoderándose de Janice, la estrechó en sus brazos y la besó en sus dulces labios.

Un rumor de voces devolvió a los jóvenes a la realidad.

Brereton despidióse de Janice.

—Mañana, a esta misma hora, le traeré su querido caballo.

Y salió.

Un soldado, que había seguido sus pasos, le encaró su fusil, al tiempo que del grupo del que formaban parte el caballero Meredith, sir Howe y lord Clowes partía una detonación.



...la estrechó en sus brazos, y la besó en sus dulces labios.

Brereton, antes de que el soldado disparase, le alojó una bala en el corazón a quemarropa, dejándole muerto, huyendo después a galope tendido.

Los ingleses creyeron, al igual que Janice, que el caído era el norteamericano del que habían tenido noticia de que rondaba por el lugar, pues ni aquéllos ni la joven vieron, tan rápidamente sucedió todo, cómo Brereton huía precipitadamente.

El cadáver del soldado fué conducido a la casa, y Janice, presa de amargura, preguntó a su padre:

—¿Lo mataron?

—Sí, el pobre está muerto.

—¡Oh, padre!

Pero Janice quiso ver a Brereton, y al descubrir el rostro del soldado, lanzó un grito de sorpresa.

Y sin poderlo remediar, entregada a la inconsciencia de su egoísmo, se echó a reír ante el cadáver del que no era el amado.

El señor Meredith se acercó a su hija, separóla del difunto y le dijo:

—Retírate a tu habitación, hija mía. Estas emociones han sido demasiado violentas para ti.

—¡Este no es Carlos!—exclamó ella.

—¿Qué dices? ¿Por qué había de ser Carlos?

—¡Carlos, es decir, el coronel Juan Brereton, no ha muerto; no ha muerto y vendrá a verme!

Lord Clowes y el caballero Meredith cambiaron una mirada.

—¿Cuándo vendrá ese tunante? ¡Dímelo!— prosiguió el segundo, lleno de rencor hacia su ex criado.

—No, no lo diré. Dije ya demasiado—respondió Janice mordiéndose los labios por haber aludido a la próxima visita de su amor.

Lord Clowes, astutamente, susurró al oído del señor Meredith:

—Finja usted que no piensa más en ello; la vigilarémos y de ese modo caerá en nuestras manos ese hombre.

Janice no pudo conciliar el sueño aquella noche.

Al amanecer, Brereton regresó a la caballeriza, y tendióse en la paja a descansar de su fatiga.

Janice fué a su encuentro. En su semblante se pintaba la preocupación que invadía su alma.

—Vengo a advertir a usted el peligro que corre. Conviene que huya inmediatamente.

Y le refirió lo ocurrido la víspera.

—¿Les dijo usted que yo vendría aquí?—preguntóle, asombrado, Brereton.

—Sí; lo hice sin darme cuenta, bien lo sabe

Dios, al repouermos del desvanecimiento que sufrí.

Brereton se disponía a ponerse en salvo sin esperar a más, pero en tan crítico momento se abrió la puerta de la caballeriza y aparecieron el caballero Meredith y lord Clowes, que tuvo la inmensa dicha de apresar a su rival en amores.

Obligado a entregarse, Brereton, mirando con indignación a Janice, murmuró:

—Me rindo... a la traición.

Janice hubiera querido gritar que era inocente, que lo que suponía Brereton no dejaba de ser una suposición, pero todas las apariencias la condenaban y Brereton no la creería. Se imponía pues un medio de demostrar su inocencia: salvarle.

Conducido a la casa de los Meredith, Brereton, atadas las manos a la espalda, fué entregado a la vigilancia de un soldado, en la cocina del hogar, mientras los oficiales iban a tomar acuerdos.

Susana, siempre ávida de amoríos, sirvió buen vino al soldado y trató de interesarle. El soldado apreciaba el obsequio... pero la criada le indigestaba los tragos. ¡Qué horrible era la fregona, para su gusto!

Pero Janice, resuelta a libertar a Brereton,

entró en la cocina, y tratando a cuerpo de rey al soldado, y dándole a entender que la había chiflado instantáneamente con sus ojazos y su mostacho negro, logró que el inepto bebiera y comiera como un ogro, olvidándose del pri-



...y dándole a entender que la había chiflado instantáneamente con sus ojazos y su mostacho negro...

sionero para ocuparse de sí propia.

Susana, al corriente del deseo de Janice, apartó hacia la despensa al soldado, y así pudo

BIBLIOTECA

Los Grandes Filmes

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Gran Vía Layetana, 12 - BARCELONA - Teléfono 4423A

JANICE MEREDITH

Novela histórica. Episodios emocionantes de la fundación y revolución de los Estados Unidos

• •

PRODUCCIÓN

METRO GOLDWYN

• •

Exclusiva de Metro Goldwyn Corporation

RAMBLA DE CATALUÑA, 122

BARCELONA



REPARTO:

Lord Juan Clowes . . .	HOLBROOK BLINN
Carlos Pownes . . .	HARRISON FORD
El Caballero Meredith . . .	MACLYN ARBUCKLE
La Sra. de Meredith . . .	RATTIE DELARD
Filémon Hennion . . .	OLIN ROWLAND
El Caballero Hennion . . .	SPENCER CHARTERS
Susana, la criada . . .	MAY VOKES
Tabitha Larkin . . .	MILDRED ARDEN
Jorge Washington . . .	JOSEPH KILGOUR
Sir Federico Mowbray . . .	DOUGLAS STEVENSON
Lord Howe . . .	GEORGE NASH
El Sargento inglés . . .	W. C. FIELDS
El Coronel Rasi . . .	GEORGE SIGMUND
El General Cornwallis . . .	TYRONE POWERS
La Sra. de Glawston . . .	HELEN LEE WORTHING
María Antonieta . . .	PRINCESA MARÍA DE BORBÓN
JANICE MEREDITH . . .	MARION DAVIES



JANICE MEREDITH

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

En el año de 1774 las colonias inglesas de América eran presas de descontento, que no tardó en traducirse en abierta rebelión, a causa de las contribuciones impuestas por la Metrópoli.

Una noche, varios jóvenes disfrazados de indios se apoderaron de un cargamento de té sobre el cual había establecido Inglaterra un impuesto, y lo arrojaron a la bahía de Boston en señal de protesta.

El descontento y la rebeldía no habían alcanzado aún a Greenwood, el pacífico hogar que los Meredith tenían en Nueva Jersey.

El caballero Meredith era uno de los hom-

4

bres más acaudalados de Jersey, y leal súbdito de Jorge III de Inglaterra.

Aquel día, por exigirle el trabajo que había en la casa y en el inmenso jardín que la rodeaba, el caballero Meredith decidió ir a la capital.

—Que me traigan pronto el coche. Tengo que ir a Trenton a ver si encuentro un criado de confianza—dijo a su esposa, excelente mujer en toda la acepción de la palabra.

Se cumplía el deseo, y entretanto, el caballero Meredith preguntó por su hija a su compañera.

—Janice y su inseparable amiga Tabitha han estado en el piso alto toda la mañana.

—Conviene que la avises. Fíjate en quien viene hacia aquí.

A poco se reunían con los Meredith el caballero Hennion, vecino suyo, vividor que estaba siempre al lado de quienes le ofrecían mayores ventajas, y Filemón, su hijo, digno de su padre, que aspiraba al amor de Janice y a ser señor de Greenwood.

Susana, la criada de los Meredith, había quemado muchas docenas de cirios a Santa Rita para que le diera un novio, y se consumía en las ganas de encontrarlo. Entró al servicio de aquéllos en la primavera de su vida, y a la sa-

5

zón había llegado ya para ella el principio del otoño... muy seco. Filemón, el pretendiente de Janice, le parecía a Susana su tipo, y decimos "le parecía" porque como el joven era tímido, tonto y estúpido, se le antojaba fácil su conquista.

Varias veces la habían tenido que llamar al orden los Meredith cuando Filemón les visitaba, pues Susana aprovechaba todas las ocasiones para "rozarse" con el memo.

—Susana, di a la señorita Janice que baje en seguida—le dijo aquel día el caballero Meredith.

Obedeció la fórmula, dirigiendo una última mirada al objeto de sus ansias, convencida de que nada tenía que temer del lado de Janice, pues de sobra sabía que ésta jamás consentiría en casarse con Filemón, porque joven y guapa como era, podía pretender mejor partido, o, en cuanto al físico—que cada cual tiene—, sino también respecto a fortuna.

El caballero Meredith aprobaba los proyectos del vecino y de su hijo, a quien, cariñosamente, esa mañana, dió esperanzas.

—Eres un buen muchacho, Filemón; y si logras que mi hija te corresponda, tendré mucho gusto en que os caséis.

El beneplácito del caballero Meredith había sido dictado por los halagos que el vecino supo prodigarle en todo momento, sabiéndole vanidoso.

Filemón sonrió ante la agradable noticia, pero como el caballero Meredith dióle un golpecito en el pecho, se llevó rápidamente la mano a la altura del bolsillo superior de su chaleco, y su gesto de temor trocésse por un suspiro de satisfacción:

—Por poco se me rompe el regalo que le traigo a la señorita Janice.

A pesar de que Susana llevó a Janice con mucha precaución la noticia de la visita de los Hennion, no pudo escapar a una lluvia de vapatos, libros y almohadones que la enojada pretendida del necio Filemón le echó encima, como si ella fuera la culpable de aquel contratiempo.

¡Qué absurda pretensión la del hijo del vecino! ¿Era posible que tuviese la audacia de suponer que Janice se casaría con él?

No, no. Esta monstruosidad no podría llevarse a cabo. La belleza ha de ir del brazo de la belleza; nunca de lo risible por estrafalarlo.

¿Se le caería al caballero Meredith la venda que cubría sus ojos?

Janice hizo un esfuerzo y se presentó en la terraza de su hogar en que se encontraban en plática su familia y los Hennion. Sus diez y seis primaveras pusieron una nota de olor y de sol en el ambiente. Su sonrisa animó a todos. Filemón no cesaba de mirarla cuando ella no podía verle. Se le caía la baba...

Tabitha Larkin, que habitaba en Boston con su familia, visitaba a menudo a Janice, y se encontraba en Jersey, alojada en su casa. Ambas se sentían muy felices al recordar, en agradable *tête-à-tête*, los días que vieron deslizarse juntas en el pensionado.

Susana, que no se resignaba a quedar para vestir Santos, insistió en que Filemón se fijara en ella, y para darle ocasión de pecetarse de que no era tan delgada como aparentaba, se acercó a él y frotóse contra su enclenque cuerpo, como diciéndole:

—Vanes, hombre, que tú necesitas una buena gallina, y aquí estoy yo... Anda, decídetelo, besuguito...

Y se animó tanto la solterona que, impulsada por el deseo de concretar pronto las cosas, dió tal empujón a Filemón, que éste, perdiendo el equilibrio, rodó por tierra... rompiéndosele el regalo para Janice: ¡un huevo fresco! ¡Qué fresco! ¡Quién, el huevo? No, el bruto.

Huelga decir que la ocurrencia del pretendiente causó risa hasta a su propio padre. Sin embargo, el asunto de la proyectada boda de los jóvenes no sufría alteración en un sentido ni en otro en el espíritu de los padres; pero en el de Janice había una probabilidad menos de cometer la locura de hacer caso de Filemón.

Mucho más deploró Filemón la pérdida del obsequio que la burla que todos hicieron de él.

Susana se retiró confusa; y como el coche de los Meredith ya estaba listo para el viaje, Janice y Tabitha subieron a él, siguiéndolas el caballero Meredith; y Filemón y su padre quedaron en la casa con la esposa de aquél.

Al llegar a Trenton, la capital de Jersey, nuestros tres viajeros se trasladaron a la Plaza Mayor, donde había una partida de vagabundos enviados de Inglaterra para que en las colonias se regenerasen mediante el trabajo.

Un horrible cabo de vara imponía ruda disciplina a los expatriados.

Janice contempló a aquellos desdichados, y de pronto sus bellos y piadosos ojos se fijaron en uno de los vagabundos con especial atención.

—Hay uno que parece mejor que los demás —susurró al oído de Tabitha.

—Todos me parecen iguales, hijita. ¡Qué barbas más desaliñadas! ¡No les dan agua para lavarse!

—¡Pobrecitos! ¡Quién sabe por qué están aquí!

El caballero Meredith, aconsejado por su hija, que le señalaba a uno de los desterrados como el que más parecía conveniente, y que era el que ella encontraba interesante aun bajo el repulsivo aspecto de mendigo, se dirigió al guardián para hacer tratos para tomarlo a su servicio.

El favorecido vagabundo miró a Janice e instintivamente llevóse la mano a su sombrero, saludándola con un leve gesto de cabeza. Pero ella apartó entonces la vista.

Ese hombre, Carlos Pownes, era un frustrado joven al que su propia voluntad redujo a la condición en que se hallaba.

El cabo de vara le dijo:

—Dile al caballero quién eres y qué es lo que sabes hacer.

Y Carlos repuso, indignado por la desconsideración del jefe de la triste expedición:

—A mí me han traído aquí para cultivar la tierra; no para sufrir un examen.

Disgustóle al caballero Meredith la forma de contestar de Carlos, y estuvo a punto de renunciar a él, cuando su hija, impulsada por la compasión que el joven le inspiraba, impidió al caso de vara que maltratase al rebelde, como era su intención.

El salvaje soldado quedó asombrado ante los sombrillazos que le propinó Janice, y el padre de ésta, no menos pasmado, se preguntaba por qué diablos se metía su hija a redentora de alguien que no merecía la pena, cuando oyó que Carlos, sintiendo inmensa gratitud hacia Janice, lleno de cortesía, se ofreció a servirle como mejor pudiese:

—Me encontrará usted siempre dispuesto al trabajo, señor.

El halago surtió buen efecto. El caballero Meredith le aceptó para criado.

Sonrió Janice, y Tabitha, contemplando de pies a cabeza al elegido, dijo a su amiga:

—No me gusta el aspecto de ese sujeto. Tiene cara de bandido.

—Puede que sí, pero en todo caso es un bandido buen mozo, como el de la historia de lady Isabel Artless — respondió Janice, satisfecha para sus adentros de llevarse a Carlos a casa.

...

Cierta día, lord Juan Clowes llegó a casa de los Meredith, encarándole conocer a Janice, a la que encontró sencillamente seductora, no desagradándole a ella, como les suele ocurrir a todas las doncellas, los piropos de que el distinguido Coronel de los ejércitos reales la hizo objeto.

Una tarde, paseándose Janice por el jardín, Susana corrió a su encuentro y, entregándole un medallón, le dijo:

—Demasiado valioso parece para que pueda ser de Carlos, pero se hallaba en el sitio donde él estuvo.

Janice reconoció que el hallazgo de su criada tenía mucho valor, y curiosa, sospechando que en la vida de Carlos había algún misterio, le dio alcance cerca de la caballeriza.

—¿Es suyo?—le preguntó, enseñándole el medallón.

—Sí, señorita... Pero poco pierdo con no

conservar el retrato de la que destruyó mi vida.

¡Ah! ¡Una aventura amorosa con desengaño!

Janice miró a Carlos con el rabillo del ojo, y coquetamente inició el ademán de ocultar aquel retrato en su escote, para que Carlos no le recuperase jamás... Pero éste, rápidamente, le impidió que tal hiciera.

—No, señorita. Esa mujer no merece que su imagen esté cerca de un corazón generoso y puro.

—Es usted muy rencoroso...—replicó ella, y devolviéndole el retrato le dejó a solas con sus pensamientos.

Algunos días después, en la casa se notaba mucho movimiento. Se trataba de despedir a Janice, que seguiría a Boston a su amiga Tabitha.

Carlos fué a decirle adiós a la señorita que tan buena había sido con él, y como prueba de su gratitud le regaló el medallón aquel con el retrato de ella misma, hecho a la perfección.

Los Meredith se extasiaron ante la obra de arte enmarcada en brillantes, y se interesaron sobremanera por el autor de tan valioso y magnífico regalo.

—Es un excelente retrato de nuestra hija.

¿Quién lo hizo?—preguntó el caballero Meredith.

—Me lo dió Carlos—respondió Janice—. Tu criado, papá, aquí presente.

Inclinóse Carlos, pendiente de lo que dijera su señor, y murmuró:

—Lo pinté para regalárselo a la señorita Janice.

El caballero Meredith no era hombre que aceptase tratos con los criados, y riñó a su hijo por su tolerancia.

—Devuelve el retrato a ese hombre. ¿Quién le habrá dicho a él que puede obsequiar a una hija mía?

Mal que le pesara, Janice hubo de obedecer, y entregó su fino obsequio a Carlos; pero, al tiempo de marcharse éste hacia el pabellón de los servidores, se le acercó, y con ternura y pena, le expresó su disgusto por la orden de su padre:

—Está muy bien hecho, y se lo agradezco como si me hubiera quedado con él.

Al poco rato, el coche se alejaba de Greenwood, lamentando Carlos la partida de la exquisita señorita.

La sorda y latente rebelión de las colonias

estallaba entonces en los inflamados acentos de Patrick Henry, dirigiéndose al Parlamento.

—Si muy amable es la vida y muy estimable la paz, ni la una ni la otra debe un hombre aceptarlas con menoscabo de su dignidad... Ignoro qué partido tomarán otros... pero en cuanto a mí... ¡Dadme la libertad... o la muerte!

La exaltación del diputado prendió en el ánimo de sus colegas, y unánimemente se estrecharon las manos en señal de unión para el triunfo de una causa de libertad.

En el Café de Boston se mezclaban patriotas y soldados en inevitable confusión.

El padre de Tabitha, Teodoro Larkin, era uno de los jefes de los voluntarios.

Una tarde, paseando con su hija y Janice, se acercaron a leer cerca del Café de Boston una Real Orden que prohibía terminantemente los grupos en la calle y las reuniones clandestinas, invitando al pueblo a mantenerse fiel a las leyes de paz.

—¿Por qué grita esa gente?—preguntó Janice al jefe de los que clamaban la independencia.

—Es el principio del fin...

La casualidad puso de nuevo a Janice frente a lord Clowes, al que conociera en su casa, y

éste, so pretexto de presentarla a varios amigos que admiraban su belleza, la llevó al interior del Café de Boston.

—Señorita Meredith, le presento a sir Federico Mowbray, oficial al servicio del Rey Nuestro Señor.

El presentado clavó sus ardientes miradas en la doncella, y ésta, ruborizada, recordó con deleite la novela de lady Isabel...

En tanto, en el taller de Pablo Revere, modesto platero que servía de emisario a los voluntarios patriotas, se reunían con él el doctor José Warren, quien, en unión de Samuel Adams y Juan Hancock, dirigía a los patriotas de Boston.

—No hay la menor duda de que el gobernador Gage se apercibe a mandar tropas que destruyan los elementos que tenemos reunidos en Concordia—expuso el doctor.

—Si puede averiguarse cuándo saldrán las tropas para Lexington, yo recorreré a caballo la comarca para dar la voz de alarma—dijo Revere.

Y los tres soldados de la fe en un bello ideal, buscaron, preocupados, la manera de sorprender ese secreto...

Lord Clowes se había enamorado apasionadamente de Janice, y pretendía una prueba de su correspondencia.

—Señorita Meredith, ¿puede usted venir un momento?—le dijo en el Café, indicándole que le siguiera al piso superior.—El señor Larkin se halla en grave riesgo. Pero no le diga nada por ahora a la señorita Tabitha.

Obedecióle la doncella, y al poco, en un saloncito reservado, el astuto oficial se preparó a hacer uso de su galantería... y de su osadía.

—¿Qué riesgo es el que amenaza al padre de mi amiga?—preguntóle Janice, alarmada.

—El mismo riesgo que los amenaza a todos ustedes esta noche: la revolución.

—¡Oh! ¿Esta noche?

—Sí; mas no tema. Yo la salvaré a usted si me concede el derecho de protegerla.

Janice miró a aquel hombre en cuyos ojos brillaba la lujuria, y se hizo instintivamente atrás. ¡Le daba miedo!

—Señor Meredith, le ha robado a su hija un esposo, que estoy dispuesto a reponer con mi propia persona.

Filémón palataba de lo lindo. Era preciso huir de allí cuanto antes. Brereton sonrió una vez más a Janice, y desapareció con sus amigos.

La aventura era singular y se comentó durante muchos días en el lugar.

Después de aquello, el caballero Meredith, cuyas propiedades de Greenwood quedaron confiscadas al triunfar en Jersey la causa de los patriotas, fué a refugiarse en Filadelfia, donde se hallaba sir Guillermo Howe que daba un baile en honor de los leales al Rey, entre los que se contaba el coronel Clowes.

Entre las bellas damas destacaba la pareja de sir Guillermo, por la que Janice se interesó.

—Es la señora Glawston, prometida en otro tiempo de Juan Brereton y hoy amiga particular de sir Guillermo Howe, según malas lenguas—le dijeron.

Y Janice, recordando, recordando... revivió aquella escena, en el jardín de su casa de Greenwood, del hallazgo del medallón con un retrato de bella mujer, perteneciente a "Carlos".



...fué a refugiarse en Filadelfia, donde se hallaba sir Guillermo Howe que daba una fiesta en honor de los leales al Rey.

Siguió la fiesta... Al finalizar uno de los bailes, Janice descubrió detrás de una puerta

de cristales a Brereton, que la llamaba. Se aisló con él.

—¡Juan! ¡Cómo expones la vida viniendo aquí!

—Es precio harto mezquino por la diaba de verte. Sabía que tú estabas en esta casa.

—¡Oh! Vete, Juan, vete.

—¡Ah, Janice, te amo con locura! Cásate conmigo y consagraré toda mi vida a hacer que me ames.

—¿Acaso es eso preciso? Por mucho que tú me quieras, no me querrás tanto como yo a ti. Pero no puede abandonar a mi padre... El pobre está arruinado...

Clowes, la sombra negra de Brereton, huscando a Janice, dió con él, y lo presentó a los leales del Rey, para desenmascararlo delante de todos.

Los ojos de Brereton y de la señora Glawston se encontraron; amorosos los de ella, desdénceos los de él.

Lord Clowes descontaba que sir Guillermo mandaría detener a Brereton, mas éste libróse de ello gracias a Janice, que adivinó que él no era un espía, pues no se encontraba allí más que para verla. A esto añadió Brereton que había llegado allí sin disfraz alguno a través

de las líneas del valle de Forge para atender a un canje de prisioneros.

Y una vez más lord Clowes fué vencido por Brereton, pues ésta consiguió que sir Guillermo, muy noblemente, reconociese la razón del enemigo y le hiciese extender un salvoconducto.

Apartóse Brereton de los salones en fiesta, y la señora Glawston ocultóse en un pasillo para hablarle.

—¿No podrás perdonarme nunca, Juan?— preguntóle echándole los brazos al cuello.

—Perdono, pero no olvido, señora— respondió el desengañado de aquella mujer...

Janice y su padre presenciaron aquella escena, por pura casualidad, y a la doncella antojósele que Brereton aceptaba el abrazo de la bella...

—Llévame a casa, papá—dijo, afligida, despreciando a Brereton que se le acercaba para darle una explicación.

A treinta y dos kilómetros, en el valle de Forge, las fuerzas de Washington hallábanse sometidas a indecibles penalidades que sólo la fortaleza que les infundía el gran espíritu de su General podía hacerles arrostrar.

En aquella hora en la que todo parecía perdido, Washington puso en Dios su confianza.

—Padre Nuestro que estás en los cielos; débiles somos pero de Ti emana toda fortaleza, llévanos a la victoria y fundaremos aquí una nación que glorificará tu nombre.

Y Luis XVI de Francia prometió ayudar a



En el valle de Forge, las fuerzas de Washington hallábanse sometidas a indecibles penalidades...

los norteamericanos.

Benjamin Franklin, comisionado norteamericano en Francia, presentóse con sus amigos al soberano, quien le dijo:

—Manifestad al Congreso norteamericano que la flota francesa irá a combatir al enemigo en vuestras propias costas.

Agradeció Franklin el apoyo de Francia, y contestó al monarca:

—La nación a la que hoy tendéis generosamente la mano en su hora de aflicción, no olvidará los beneficios recibidos, Sire, y acaso pueda algún día pagarlos.

La magnífica Reina, con una sonrisa encantadora, dedicó también amables palabras al lado:

—Confío en que la amistad entre nuestras naciones será eterna.

Y en cumplimiento de la promesa hecha por el rey Luis, fuerzas francesas de mar y tierra secundaron a los norteamericanos en el sitio de Yorktown.

En la última noche del sitio, un furioso bombardeo de los norteamericanos preparaba el ataque final.

Las pocas casas que quedaban en Yorktown fueron cayendo una a una o quedaron reducidas a cenizas bajo el diluvio de proyectiles lanzado por los norteamericanos.

Los Meredith habían ido a refugiarse en el cuartel general que Cornwallis había establecido en Yorktown.

La señora Glawston deseaba entrevistarse con Janice, y solicitó y obtuvo de los ingleses un salvoconducto para atravesar las líneas amigas y enemigas. Había amado a Juan Brereton, y comprendiendo que por su culpa Janice estaba enojada con él, quería poner en claro que Brereton la rechazaba aquella noche del baile en los salones de sir Guillermo Howe.

Filemón Hennion, por un capricho del destino, fué el Teniente inglés — pues desde su fracaso sentimental se había alistado en el ejército—destinado para acompañar a la señora Glawston.

La entrevista de las dos mujeres fué breve.

—Señorita Meredith, usted juzgó a Juan Brereton inconstante cuando nos vió juntos en el baile de sir Guillermo. Yo no hice más que pedirle perdón por el mal comportamiento que con él tuve un día. Usted vió que él me perdonaba y yo comprendí que todo el amor de él era para usted. Sean ustedes felices.

Desde aquel momento, Janice no deseaba más que volver a ver a Brereton, pero lord Clowes, para satisfacer sus ansias amorosas, la llevó a engaño y usurpando el salvoconducto que tenía el teniente Filemón Hennion, al que dió un narcótico, consiguió que ella aceptase

que la sacase de la ciudad atacada, para ponerla en salvo en otra parte, teniendo para ello que atravesar las líneas enemigas.

Brereton reconoció en el fondo del coche al coronel Clowes, y se dispuso a arrestarlo, después de descubrir a Janice, a la que el britón había ocultado amordazándola, pero el Lord, disparando un revólver, mandó al cochero que pusiera los caballos al trote.

La gente de Brereton apuntó sus fusiles en dirección al coche, mas aquél, por temor a que las balas alcanzaran a Janice, mandó que no tomaran represalias, y salió a caballo en persecución del fugitivo con la amada.

Dióles alcance, y como quiera que lord Clowes se disponía a disparar sobre él, Brereton le hirió en un brazo de un certero tiro, y vencido definitivamente el rival, recuperó a Janice.

Aquella memorable mañana los ingleses desistieron al fin de su empeño de combatir contra la libertad de las colonias y enviaron un

emisario a Washington, recibíéndole con éste el marqués de Lafayette, joven noble francés que pasó a la América del Norte a fin de coadyuvar a la independencia.

Brereton y Janice llegaron al cuartel gene-



Brereton le hirió en un brazo de un certero tiro, y vencido definitivamente el rival, recuperó a Janice.

ral de Washington en esa feliz coyuntura.

—Hija mía, no dudo que a usted le agrade saber que Cornwallis acaba de pedir condicio-

nes para rendirse — le dijo a Janice el gran General.

— ¡Cuánto lo celebro, señor General, porque yo también me he rendido! — Y señalaba a Brereton.



La paz había vuelto a reinar en Mount Vernon, residencia de Washington.

La paz había vuelto a reinar en Mount Vernon, residencia de Washington.

En el parque de su finca, el genio había

rendido a los Meredith y al futuro esposo de Janice, y anunció a aquéllos una buena nueva:

El Congreso ha aprobado una ley en virtud de la cual se me autoriza para devolverles Greenwood; aquí está el título de propiedad.

Y luego, levantando una copa colmada de buen añejo, exclamó:

— A la salud de la señorita Janice Meredith, la futura lady Brereton.

Y Janice, sonriente, correspondió a la fineza con este halago:

— Por nuestro primer presidente, el Padre de la Patria.

FIN

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN
REVISADO POR LA CENSURA GUBERNATIVA

PRÓXIMO NÚMERO

¡¡ Magno acontecimiento !!

La emocionante novela:

EL FANTASMA DE LA OPERA

Sublime creación del formidable
LON CHANEY

secundado por

MARY PHILBIN

NORMAN KERRY

EL FANTASMA de la OPERA

es hará experimentar las mayores sensaciones.

EL FANTASMA de la OPERA

us deseará

EL FANTASMA de la OPERA

es una obra de arte

Es tal la expectación que ha despertado este título, que le recomendamos a usted compre la novela tan pronto se ponga a la venta. De no seguir nuestro consejo, es seguro que se quedará ¡-! sin el ejemplar deseado ¡-!

COLECCION E USTED LOS SUGESTIVOS
LIBROS DE LA BIBLIOTECA

Los Grandes Filmes

Y DE LA COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS, DE LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA CUYOS TITULOS SON LOS SIGUIENTES:

LOS GRANDES FILMS

Los Hijos de Nadie, El triunfo de la mujer, El prisionero de Zenda, El joven Medardo, Los Enemigos de la Mujer, Una mujer de París, El Corsario, Para toda la vida, Cyrano de Bergerac, De mujer a mujer, La Hermana Blanca, El Milagro de los Lobos, ¡¡París!! Venganza de mujer

Precio de cada libro: **1 PESETA**

Teresa de Lieuvillies, Maci-ta, Emperador, Libro entre espías, El que recibe el boicón, Rómulo

JANICE MEREDITH

Precio: **50 Cts.**

COLECCION DE OBRAS MAESTRAS

Ferragus (Los Trece), El Pago que dan los Hijos, Bajo las garras del oro, El Escándalo, La Inhumana, La braca de los monstruos, El Principe Encantador, El ladrón de Corazones

Precio de cada libro: **1 PESETA**

Amor que redime, ¡¡No trabaja usted!!

Precio: **50 cts.**

¡ATENCIÓN!

El número-almanaque de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA correspondiente a 1926, se pondrá a la venta muy en breve

FÍJENSE UN POCO EN EL SUMARIO:

4 Novelas cinematográficas de excelente asunto. — (Marido) Cuidado con los amigos! por ERIC BENNETT. — (Nieta ocasional) por BUSTER KEATON. — (La vida no es novela) por LEATRICE JOY, CONRAD NAGEL, etc. — (Madre amantísima) por SUZANNE DERMOT. — 8 fotografías con marcas de otros tantos artistas. — 12 páginas de Actualidades Gráficas cinematográficas (de información). — ¿Me amas?, cuento por FRANCISCO-MARIO BISTAGNE. — El amor en la oscuridad, cuento por JOSE D. BENAVIDES. — El bautizo del nene, cuento por LUCAS OMIÑA. — La Diabla, cuento por FRANCISCO-MARIO BISTAGNE. — El teniente, cuento por JOSE RAZZA. — M. M., cuento por M. M. — La compañera, cuento extranjero. — El pedestal de las mujeres, cuento por RODOLFO de la ORLA. — Intoxicación, cuento por PANTRELUCHE.

Ilustraciones sueltas. — Todo cinematográfico. — Amabilidad. — Sana lectura. — Buen gusto. — Referencia esquisita. — Original interpretación de "Las cuatro estaciones". — Saludo a bi-color por un conocido artista de la pantalla. — Clásico a bi-color. — Texto a varias tintas. — 12 páginas. — Con cada número almanaque se regala un hermoso álbum para coleccionar las postales de "La Novela Semanal Cinematográfica", correspondientes al año 1925.

¡ATENCIÓN! No deje que se agote nuestra edición.

Pida en todos
los KIOSCOS
y LIBRERIAS

PUBLIC CINEMA

SU REVISTA CINEMATOGRAFICA
PREFERIDA

Recomiendo a sus amistades

Public Cinema

El éxito que obtiene la nueva publicación

LA NOVELA ÍNTIMA CINEMATOGRAFICA

Es lógico, pues en ella se da a conocer al público la vida íntima de los artistas favoritos
: : de la pantalla : :

PORTADA A VARIOS COLORES
Precio con postal del mismo artista: 35 céntimos

La firma reputada de **EDUARDO ZAMACOIS** avalora el número de **AYER Y HOY** que se ha puesto a la venta el martes día 15 con un admirable cuento titulado:

GLUK, EL PAYASO INIMITABLE

Y en el mismo número se publican, entre otros, los trabajos siguientes:

Las telefonistas, (interviú), por María Luz Morales.—**La inesperada felicidad**, (novela corta), por R. Brown.—**Bodas de oro**, (diálogo teatral), por Fanfreluche.—**Un idilio por teléfono**, (cuento), por Carlos Legda.—**Por los caminos del mundo**.—**Cartas de Amor**.—**De la vida frívola**.—**Historieta cómica**.—**El espectador frente al espectáculo**.—**Chistes y caricaturas**.—**Novela cinematográfica**.—**Modas**.—**Deportes**.—**Página infantil**, etc. —**Corazones de Hielo**, (novela de aventuras), por James Oliver Curwood.

OCHO PAGINAS GRAFICAS

No deje usted de comprar el magazine-revista **AYER Y HOY**, todos los martes.

¡76 páginas!

la enamorada doncella romper las ligaduras de Brereton, que besó sus manos al comprender su error.

Brereton estuvo al acecho, y aprovechando un descuido del soldado, saltó por una ventana al campo, apoderóse de un caballo y huyó a brida tendida.

El soldado se dió cuenta en el acto de la fuga del prisionero y disparó su fusil en dirección a Brereton, interrumpiendo la detonación el banquete a que se entregaban los oficiales con el caballero Meredith.

El soldado fué arrestado, y lord Clowes, iracundo, exigió responsabilidades a Susana, la criada; pero Janice salió en su defensa acusándose noblemente:

—No la culpen a ella; fui yo.

—¿Usted?

—¿Tú, hija mía?

Lord Clowes, impulsado por el desdén que Janice le había demostrado siempre, resolvió vengarse:

—¿Sabe usted, señorita, que por el delito que ha cometido, tendrá que ser juzgada en Consejo de Guerra?

—Que sea lo que Dios quiera. Era mi deber salvar a ese hombre, porque fué por mi culpa que ustedes le apresaron.

—En nombre del Rey queda usted detenida por traidora.

La orden era inapelable. Janice se resignó a ella sin inmutarse. Sus padres, a pesar de los pesares, no pudieron aplacar el furor de lord Clowes, que se amparaba en las leyes militares.

* * *

Lord Clowes había decidido conducir a Janice a Trenton, al cuartel general del coronel Raal.

El invierno era crudo. La nieve emblanquecía aquellos lugares.

A pocas leguas de Trenton los soldados de Hesse, mercenarios al servicio de Inglaterra, hallábanse celebrando la Nochebuena.

El coronel Raal, comandante de los hesianos, era amante de la buena vida, y sabía gozar de ella.

Aquella noche había reunido a sus oficiales y se entregaban todos al placer de una opípara cena.

—La guerra, amigos míos, tiene su anverso

y su reverso. Aprovechémonos de los buenos ratos para cuando vengan los malos—decía jovialmente—. La noche está como para convertir en sorbetes a Wáshington y sus satélites. Bebamos para entrar en calor.

Contrastando con la fiesta de los oficiales enemigos, Wáshington, al paradógico abrigo de la tormenta, reunía su puñado de valientes con los que iba a librar la batalla precursora de la emancipación de su patria.

Un soldado transmitiéndole esta noticia:

—El coronel Cadwalder dice que juzga imposible pasar la artillería.

—Diga al coronel Cadwalder que el enemigo debe pensar igual, y esto le obliga a hacer que la artillería pase; pueda o no pueda—contestóle optimista.

—¿Pero, será Vuecencia capaz de intentar siquiera atravesar el río?—se atrevió a inquirir el emisario.

—De intentarlo, no. Seré capaz de atravesarlo.

Wáshington no se arredraba ante nada. La fe que él tenía en sus soldados, en la justicia de su causa, en Dios, le infundía una confianza para la cual no había imposibles.

Y al poco rato comenzaron Wáshington y sus dos mil quinientos hombres a pasar el río

valiéndose de barcas en las cuales, azotado por la tempestad, flotaba el porvenir de un gran pueblo.

Durante todo el peligroso paso por el río helado, un joven oficial, Alejandro Hamilton,



Y al poco rato comenzaron Washington y sus dos mil quinientos hombres a pasar el río valiéndose de barcas...

llevó la bandera.

El hielo endurecía los destrozados uniformes; las manos congeladas negábanse a sos-

tener los remos, pero en el corazón de aquellos hombres ardía el sacro fuego de la libertad.

Entretanto, lord Clowes y el caballero Meredith y su hija llegaban al cuartel general en fiesta del coronel Raal.

Janice usó del arma de la sonrisa, y el Coronel, lejos de sospechar que era ella la traidora, correspondió tiernamente a la simpatía de la bella desconocida.

Lord Clowes, celoso, acusó con ahínco.

—Coronel, ésta es la culpable.

El coronel Raal no volvía de su asombro.

—¿Qué ha podido hacer esta niña para merecer que la traigan aquí presa!—preguntó.

—Puso en libertad a un espía que yo había sorprendido.

El coronel Raal encogióse de hombros. No estaba dispuesto a castigar a tan bella criatura. La cena estaba en su mitad, y la presencia de Janice en la mesa sería un adorno inestimable... Pero como era necesario dar una respuesta a lord Clowes, dijo:

—Quizás por un noble sentimiento de caridad, disculpable en una mujer. Fué obligación de usted, coronel Clowes, prever este caso, y no es justo que ella pague su torpeza.

Vencido, pues consideró que insistir más en

la petición de castigo para la culpable no era de buen tono, lord Clowes sintió acrecentarse su odio por ellos hacia Janice.

El coronel Raal invitó a la doncella a sentarse a su diestra, en la brillante mesa, y la



El coronel Raal invitó a la doncella a sentarse a su diestra...

cena prosiguió con mayor animación.

Y Wáshington y su gente cruzaron, al fin, el Delaware sin haber perdido un solo hombre.

Al desembarcar, el valeroso jefe, elevando una plegaria al cielo, murmuró:

—¡Pluguiera a Dios que este sacrificio de mis soldados no fuese inútil!

luego mandó llamar a su presencia a Brereton.

—Vaya usted a Trenton, coronel Brereton, y averigüe la disposición de las fuerzas enemigas—le ordenó.

El bravo cuamorado de Janice cumplió la delicada misión, y presentóse en el cuartel general del coronel Raal disfrazado de soldado inglés.

Pidió licencia para hablar en secreto con el comandante de las fuerzas.

Racibióle éste en su despacho, en el que se encontraba Janice, y al reconocerse, los dos jóvenes ahogaron un grito de alegría en sus gargantas.

—Soy el soldado Enrique Bruner — dijo Brereton presentándose al coronel Raal—. Soy portador de este pliego del general Howe.

El coronel Raal tomó conocimiento del mensaje de su superior, y apenas leído, respondió al falso soldado:

—¡Conque el general Howe quiere saber cómo se hallan dispuestas las fuerzas de Trenton? Muy bien, le enviaré relación de las mías.

Y sacando unos documentos de la pechera de su casaca, los tendió a Brereton, pero antes de que éste pudiera cogerlos, los tiró sobre la mesa, y le dijo:

—Primero tomará usted algo para que entre en calor antes de emprender el regreso. Venga conmigo.

Brereton no se atrevía a rehusar.

Janice, temiendo que lord Clowes reconociese a su amado, invocaba un milagro.

De pronto abrióse la puerta del despacho del coronel Raal y apareció un soldado herido.

Brereton palideció.

—Soy el soldado Enrique Bruner — dijo aquél, tambaleándose.

Brereton y Janice vieron desmoronarse sus bellos proyectos.

El coronel Raal miró alternativamente al aparecido y a Brereton. ¿Qué significaba aquello?

El verdadero Enrique Bruner acusó al falso:

—Ese es un espía que me esperó al acecho, y, derribándome en tierra, se apoderó de mi capote y de los documentos que yo llevaba.

Varios oficiales, entre ellos lord Clowes, habían acudido al enterarse de lo que ocurría, y ni que decir tiene que éste, reconociendo a

Brereton, coadyuvó a su inmediata detención, tomándole por su cuenta.

Fuera de sí porque se le escapaba la ocasión de avisar a Washington que atacase sin temor, por encontrarse desprevenido el enemigo, Brereton, como si confiase en la simpatía de Janice por la causa del gran patriota, dijo a los oficiales que se levantaban de una buena mesa:

—Si yo pudiese escapar le daría a Washington un informe completo acerca de las fuerzas que hay en Trenton. También le diría que aprovecharse estos preciosos momentos para dar la batalla.

Los oficiales ingleses se ccharon a reír. Esta vez sí que no se escaparía el espía, y para evitar toda tentativa de evasión, lord Clowes se propuso eliminarlo sin demora.

Janice, temiendo por la vida de su amado, preguntó al desdichado Coronel:

—Lord Clowes, ¿qué van a hacer con él?

—Voy a sacarlo de aquí para que lo fusilen.

Presa de indescriptible espanto, Janice se postró de hinojos ante el coronel Raal, y le suplicó piedad:

—¡No, coronel Raal, no, por Dios!

Puso Janice tal sentimiento en su súplica, que el comandante del cuartel general sintió

ablandarse su cólera, y decidió aplazar la ejecución.

Lord Clowes inició una protesta, pero el coronel Raal le impidió la disensión de su deseo.

—Lord Clowes, yo soy aquí el comandante



¡No, coronel Raal, no, por Dios!

y no consentiré que se fusile a nadie en la Nochebuena.

—Pero...

—Lo fusilaré usted a las seis de la mañana.

Janice escurrióse hasta la mesa de trabajo del coronel Raal y apoderóse de los documentos que éste iba a entregar a Brereton creyéndole enviado por el general Howe, y se los escondió en el escote.

Por lo que pudiera suceder, lord Clowes puso centinelas a la puerta de la habitación de Janice, mas ésta, deslizándose por una ventana, montó un caballo y partió entusiastamente a cumplir la misión de Brereton.

Nadie se dió cuenta de la "traición" de Janice, y las horas de la noche transcurrían rápidamente.

Wáshington se impacientaba ya ante la tardanza de su valeroso Coronel, cuando, inopinadamente, surgió en la blancura del camino la temeraria joven. Los centinelas le abrieron paso, y la doncella llegó hasta el gran General, entregándole los importantes documentos.

El amor había convertido en heroína a Janice.

Wáshington felicitó a la admirable novia, y dijo a sus ayudantes:

—Ya tenemos aquí la disposición de las tropas hesianas. Manda a decir Brereton que nos conviene atacar sin perder momento.—Y dirigiéndose a uno de ellos: —Dé orden para que se marche sobre Trenton.

Janico seguía cerca de Washington. Tenía que añadir algo.

—Mi General... van a fusilar al coronel Brereton a las seis de la mañana.

—Antes de las seis estaremos en Trenton, hija mía—prometió el genio.

Seguidamente, a través de la nieve y la tormenta, el aterido ejército marchó sobre Trenton.



Llegó la mañana. Se acercaban las seis. Lord Clowes, atento a las agujas del reloj, abofeteó cobardemente a Brereton, y le dijo friamente:

—Ahora voy a tener el gusto de fusilarlo a usted.

El sentenciado esperaba resignado la muerte, convencido de que no había salvación posible para él.

Lord Clowes mandó formar al piquete encargado de la ejecución, y al punto de salir al campo, llegó un aviso del coronel Raal.

—Coronel Clowes, el coronel Raal desea hablar con usted de un asunto importante.

—Voy en seguida.

¿Qué hacer? ¿Demorar la ejecución para entrevistarse con el coronel Raal? ¡No! Antes mataría al odiado enemigo.

—Lo fusilaré aquí mismo—dijo a los soldados.

Nó le fué posible llevar a cabo su propósito. El estampido de un cañón paralizó sus movimientos. Brereton sintió renacer la esperanza...

A pesar de todo, apenas repuesto de la emoción, lord Clowes quería dar cuenta del espía, pero entonces otra detonación, seguida del derrumbamiento de una parte de la casa, obligó a los ingleses a desalojarla para ponerse a la defensa. El enemigo atacaba en la ciudad, en la que había entrado por sorpresa.

Brereton, imposibilitado por sus ligaduras de acudir al lado de los suyos, quedó oculto detrás de un sillón.

La batalla había sido dada con tal oportunidad, que los ingleses tuvieron que rendirse.

Brereton fué descubierto y libertado, abrazándose lleno de alegría a Janico, que había salvado a los suyos con su arrojo.

Pero el caballero Meredith, sorprendiendo a la pareja, dirigióse altanero a Brereton, su antiguo criado:

—¿En virtud de qué títulos se atreve usted

a pretender a mi hija? ¡Tan osado como siempre!

Brereton, humildemente, contestó:

—La amo, y ella...

—¡Ella no puede amarlo! Está prometida en matrimonio a Filemón Hennion, un hombre de posición y de caudales. Deje en paz a mi hija; de lo contrario...

Había tal violencia en las palabras del caballero Meredith, que Brereton, resuelto a dominarle con el apoyo de Janice, dijo a ésta, enérgicamente:

—Janice, tienes que elegir entre tu padre y yo.

La joven vaciló entre los dos amores. Separarse de su padre sería darle la muerte. ¿Por qué no esperar a convencer al viejo?

Fuera de la casa, los gritos de los vencedores resonaban con acentos que hacían llorar de alegría. Brereton ardía en deseos de reunirse con los suyos, y en vista de la indecisión de Janice, se separó de ella.

Ella quiso seguirle, mas su padre, asíéndola a tiempo, le recordó que su puesto estaba a su lado.

Brereton se presentó a Washington, quien, orgulloso de él, le comunicó una grata noticia:

—En reconocimiento de los servicios que ha

prestado usted a la Causa, le corresponderá el honor de entregar los prisioneros al Congreso Continental.

Y luego, la voz en grito, dijo a sus hombres:

—¡Soldados, este es un día de gloria para la patria!

Y de todas las gargantas salió una exclamación de júbilo que compensaba las penalidades sufridas.

• • •

Por tres veces había pasado sobre Greenwood el azote de la guerra, abatiendo su antes orgullosa prosperidad.

Pero, por un día recobraba su característica animación de otro tiempo, con motivo del casamiento de Janice Meredith con Filemón Hennion.

Los padres de la novia estaban satisfechos de aquel acontecimiento, pero Janice estaba mucho de participar de esa alegría. Tan era así que, en vestirse para la ceremonia, empleó tres horas, con un genio indomable.

Llegó el momento de la bendición nupcial.

Janice iba a ser entregada a Filemón en santo lazo, cuando, bruscamente, varios soldados, a las órdenes de Brereton, entraron en el templo y se apoderaron de Filemón, dejando a la novia compuesta y sin novio.



...pero Janice distaba mucho de participar de esa alegría.

Janice, al reconocer a Brereton, le acarició con sus cálidas miradas, mucho más cuando le oyó decir a su padre, que estaba estupefacto ante aquel número fuera de programa:

